

Discurso de Recepción al académico Don Rodrigo Moreno Jeria pronunciado por el académico P. Gabriel Guarda O.S. B , en la junta pública celebrada el martes 23 de agosto de 2011.

Sr. Presidente de la Academia de la Historia, Embajador D. José Miguel Barros,
Señoras y Señores:

La presente Sesión Pública de esta Academia de la Historia, constituye uno de los actos más solemnes, que muy de tarde en tarde, celebra este benemérito instituto.

Aunque con la discreción propia de nuestras instituciones nacionales, no por eso deja de ser heredera de su filial, la Real Academia de la Historia de Madrid, de la cual todos -y desde ahora Rodrigo- somos Miembros Correspondientes. La lección magistral del agraciado, el uso de nuestras medallas, del libro de oro donde se inscriben los elegidos, la excelencia del público asistente, todo contribuye a realzar este género de actos, cargados de una tradición sostenida y sobre todo, heredada.

Me toca pronunciar el discurso de recepción de Rodrigo, en el cual tropiezo con una no pequeña dificultad, a saber, que al menos sus últimas publicaciones -las más densas, grandes, hermosas,- las hemos escrito y publicado juntos. ¡Cómo diferenciar sólo lo que es de él en obras que, como esas siamesas que salen en los diarios, están visceralmente unidas! Sin embargo no puedo omitir abordar el problema, pues precisamente esto es lo que ha movido al Sr. Presidente para encargarme la presente misión.

Permítaseme advertir que, antes de extenderme sobre estas obras comunes que los presentes en su mayor parte conocen, debo hacer referencia a las múltiples publicaciones que en exclusividad, o en colaboración, ha publicado Rodrigo: cuento por los menos tres libros, 21 publicaciones de carácter menor, tres ediciones compartidas con otros autores, reseñaciones de libros publicadas en revistas chilenas y extranjeras, diez proyectos en proceso de ejecución y 32 conferencias, varias de ellas publicadas. Ha sido acreedor a 16 premios y becas y pertenece a once instituciones académicas y culturales de categoría; dada su juventud, un ejemplo de vocación a las exigentes disciplinas de la Historia.

Toca referirme a los tres últimos libros en los que, en distintos grados, hemos trabajado en colaboración: sería mentir no referirme con alegría y orgullo, por el triunfo que han significado para nosotros las publicaciones a que me refiero.

La primera, es exclusiva de Rodrigo; su tesis doctoral en la Universidad de Sevilla, producto de los años en que vivió allí, a la sombra del Archivo General de Indias y la compañía de los grandes maestros de la Escuela de Estudios Americanos, algunos, inefables, ya desaparecidos, como Paulino Castañeda que también fuera mentor mío en 1956.

Entre la aprobación de su tesis, la corrección del texto y su publicación, hubo un intersticio en que puedo jactarme de haber colaborado: puse a disposición de Rodrigo todos los asientos relativos a los jesuitas de que había tomado nota en diversos repositorios y que no había tenido oportunidad de usar; allí está mi pequeñísimo aporte, una especie de semilla, anticipo de grandes planes futuros.

Estos archivos se pusieron en plena evidencia cuando Rodrigo, en sus periódicas visitas al monasterio, abría cajones, carpetas y cartapacios, donde empezaban a aparecer, en toda su belleza, planos geográficos relativos al sur de Chile, concretamente, de Valdivia y Chiloé; estas cartas me producían una extraña reacción, eran primicias obtenidas personalmente y a no bajo costo, en mis viajes por Francia, Holanda, Inglaterra y, desde luego, España; pero eran tantas, había que hacer tanto para editarlas, iba a ser tan costosa su puesta en valor y, ni pensar, su edición, que la sola idea me agotaba.

Ya no estaba en edad para ello y en mi imaginación estas carpetas constituían una especie de volcán en peligroso proceso de erupción, y no atinaba cómo abordar

una tarea en la cual había invertido gran parte de mi vida, sobre temas absolutamente ignorados por nuestra historiografía, detenida en los detalles más rebuscados de la agotada -agotadora- historia de nuestra capital.

Fue en este escenario donde apareció Rodrigo, toda juventud, blandiendo lanzas: ¡Padre, hay que publicar todos los mapas yo lo ayudo! Y así comenzó el proceso, uno por uno, decenas, cientos de mapas; separarlos, medirlos, describirlos, datarlos. Fue un desafío especialmente duro, nos pusimos tiempos, plazos y fechas, aparecieron ayudas, bienhechores, hasta la edición. Debemos resaltar la acción de la Corporación Nacional del Patrimonio, dirigida en un primer momento por Cecilia García Huidobro y luego por Ilonka Csillag, así como la empresa Larraín Vial que financió las dos ediciones.

Rodrigo se abocó, en medio de sus múltiples ocupaciones, a establecer nuevamente contacto con todos los archivos, obtener nuevas reproducciones, entrar en la red -especie de cofradía- de los coleccionistas y hallar nuevas joyas cartográficas; Así, fueron llegando las respuestas, las hermosas láminas, algunas del todo desconocidas y -aspecto no imaginado-, a un mismo tiempo las de Valdivia y Chiloé: por ello, junto con la elaboración de la *Monumenta Carthographica Chiloensia*, salió al mismo tiempo, la *Valdiviensae*, que se publicaría al año siguiente.

Quienes tienen en sus manos estos libros no tienen idea del trabajo que hay detrás de ellos. No tengo palabras para agradecer a Rodrigo, primero, su empujón, luego, su expedición en el tema -recordar que su tesis doctoral fue sobre los jesuitas de Chiloé-, y luego su sentido práctico, de llegar hasta el final de las ediciones, con estadías en las imprentas hasta avanzadas horas de la noche.

Los primeros números fueron enviados al papa y al rey, que contestaron de inmediato en los más elogiosos términos, el primero, con la Bendición incluida: siguieron la Real Academia de la Historia, la Biblioteca Nacional de Madrid, el Museo Naval, el Servicio Histórico Militar de Madrid, los coleccionistas; las entidades extranjeras. Las elogiosas respuestas de los entendidos nos alegraron pues les sorprendía la desconocida importancia internacional de Chile en el período estudiado, que se manifestaba a través de estas obras.

Por último, es el momento de hablar del autor y su víctima, el que esto escribe.

Sí, porque de la edición de estos libros, a pasarse a organizar mi vida, comprometiéndome en artículos, prólogos, conferencias y viajes, fue todo una sola cosa. Como benedictino, acostumbrado a obedecer, caí como víctima indefensa ante las decisiones de Rodrigo: con la mayor alegría y disposición hube de verme dando charlas y exposiciones en diversas partes del país, lo que es completamente contrario a nuestras santas reglas.

Hay algo en Rodrigo que lo hace irresistible: manda en medio de una contagiosa euforia: desconozco a dónde van mis artículos, prólogos y reseñas; tengo una extraña fe en sus determinaciones, que desde cierto punto de vista han sido mi perdición: no sé qué será de mí la próxima semana, el próximo mes, el próximo año. Siendo tan bien educado, conmigo se toma inesperadas licencias: "Padre, anote en su agenda, el 28 de agosto una conferencia a 600 alumnos de Historia en Chillán". "Padre, el 11 de mayo vamos por tres días a Castro, el tema de su conferencia es "Las fiestas religiosas y el mercado matrimonial". No se olvide que tiene que escribir tres capítulos para la Historia de la Iglesia en Chile que dirige Marcial Sánchez. Anote: el 3 de noviembre la conferencia sobre Lord Cochrane en Valparaíso, en la Academia de Historia Naval: yo lo paso a buscar a las 3". Omito las cartas de presentación, audiencias a expertos, consuelo a los afligidos!

Hay aun otra facultad de Rodrigo que no puedo dejar de destacar: su facilidad como expositor. Más allá de sus conocimientos pedagógicos, de la experiencia recogida de sus maestros, tiene un don privilegiado en la manera de transmitir sus conocimientos, sus mensajes. Lo he experimentado como su alumno en los cursos que ha impartido a mi comunidad, los que perfectamente habría podido haber dado yo, con

la pesadez que era de imaginar; Los monjes se aprontaban para cada clase de Rodrigo con idéntico fervor como si el papa publicara una nueva Encíclica. Entre muchos otros éste es, a mi modo de ver, el por qué del aprecio que le tienen en la Universidad Adolfo Ibáñez, este don le ayuda en el aula y lo hace increíblemente grato en los ambientes de su acción, en la llegada a sus alumnos.

Permítaseme omitir lo que estimo el valor más grande de Rodrigo: su mundo espiritual; la Academia de la Historia no es un Púlpito, y menos si está hablando un religioso.

Teniendo presente la buena formación, ese entusiasmo puesto en todo lo que emprende, su juventud, sus cualidades humanas, todo augura un bienvenido aporte a las actividades que, desde este momento, le aguardan en nuestra Academia

iMuchas Gracias!

Gabriel Guarda, O. S. B.

Santiago de Chile, Martes 23 de Agosto de 2011